

INFORMACION BIBLIOGRAFICA

Angel Maestro: ¿SOCIALISMO EN UN SOLO PAIS, O REVOLUCION PERMANENTE? (LA POLEMICA STALIN-TROTSKY).

Sobre la más decisiva y enconada de las disputas que han desgarrado al movimiento comunista, iniciada en la primavera de 1924, y cuyas consecuencias sangrientas han alcanzado, y probablemente rebasen, nuestros días, ha escrito Angel Maestro un trabajo importante y lúcido. El corto ensayo —menos de un centenar de páginas de apretada información de capital interés, plagadas de sugerencias y datos tamizados, preciosos para el gran libro que todos esperamos del autor y cuyo esbozo o síntesis constituye el que ahora comentamos— dosifica la confusa lucha desencadenada a la muerte de Lenin, entre dos facciones que pugnaban por hacerse con el supremo y total poder.

En un breve prefacio se adelanta ya una de las dos conclusiones nodales de la obra: el carácter, fatal y objetivo del desenvolvimiento de las leyes de la dialéctica marxista-leninista, de Estado-Golden superpolicíaco de la Unión Soviética. Lo curioso, destaca Maestro, es que ya Trotsky había advertido, nada menos que en 1903, el peligro a que estaba abocado el experimento. Mientras, Lenin, en su folleto «El Estado y la Revolución», prometía a los rusos una extinción inevitable del Estado, mediante una transitoria dictadura del proletariado, León Trotsky vaticinó que esa supuesta dictadura del proletariado no sería otra cosa sino la oligarquía más cristalizada, cerrada, coactiva, exclusivista y despiadada que han conocido los pueblos. Esa oligarquía ha ido prolongando la transitoriedad de la mencionada —sin el menor rigor— dictadura del proletariado, auténtica tiranía de unos pocos, y no en el sentido positivo que los griegos clásicos primitivos dieron a las tiranías, sino en el más negativo que cabe imaginar a la vista del informe de Kruschef en el XX congreso del Partido o leído en las convincentes y patéticas narraciones de Solzhénitzin y la larga y maltrecha lesión de dirigentes, por no mencionar las monstruosidades que contaría el propio Trotsky ya desterrado.

En el primer capítulo se describe a Trotsky, antes de ser reducido

a la impotencia, de un carácter brillante e imprevisor —por culpa de un orgullo desmedido—, su protagonismo estelar en la revolución, sus intuiciones y sus diferencias con Lenin. En los capítulos segundo y tercero se estudian varios aspectos de la feroz polémica. La muerte de Lenin precipita los acontecimientos. En el otoño de 1924 sitúa Angel Maestro el inicio del drama: Stalin decide, después de largas y barrocas maquinaciones, después de asegurarse el control total del partido y su enorme burocracia, lo que vale decir del poder omnímodo de toda Rusia, desde la Secretaría General del Comité Central, propugnar un nuevo —relativamente— dogma de la pseudo-religión marxista-leninista. Se trataba del tema del socialismo en un solo país. Trotsky, por el contrario, se reafirma como apóstol indiscutible de la teoría de la revolución permanente. El cuarto capítulo —«Argumentaciones y contraargumentaciones»— narra los variados y contradictorios aspectos de lo que denomina con acierto «inextricable maraña» en que se debaten ambas facciones, pues la nueva clase se divide inevitablemente en dos bandos: la facción stalinista y la trotskista. Comienza la larga lucha, sin paliativo de especie alguna ya, aunque pletórica de arabescos, fantasías, surrealismo, cinismo a grandes dosis y una crueldad bárbara, que no concluirá ni con la expulsión del Trotsky del Politburó, ni en el trascurso del XV Congreso (diciembre de 1927), ni siquiera con su asesinato en Méjico en un lejano 1941. El término trotskismo, como la voz «desviacionista» o la nueva de «disidente», seguirá siendo una injuria lo mismo bajo Stalin que bajo el nuevo amo. Y se aplicará cualquiera de ellas a todo aquel que ponga en peligro la seguridad y los privilegios de la nueva clase.

Pero lo que el autor enuncia aquí es la otra gran clave del libro: todo el embrollo ideológico, toda la apariencia doctrinal no era más que un velo —sumamente espeso, por supuesto dado el juego salvaje de los odios y las envidias personales, tan exactamente previsto en su trivialidad por el fallecido Lenin— que encubría la sórdida realidad de la pugna por la sucesión. Y, aun anunciando que ambos protagonistas utilizaron toda clase de trucos, trampas, sofismas, amenazas, coacciones y hasta crímenes, el georgiano Stalin consiguió desbancar al ilustre hijo de Odesa y gritar como nuestro Conde-Duque: «Todo es mío». Ciertamente que el grito de Stalin fue un alarido rabioso, desmesurado y atroz, y que desde nuestra lógica occidental, no podríamos comprenderlo. Olivares es un dictador antiguo, humano. Stalin es un tipo de la era tecnológica. No cabe paralelo, desgraciadamente para las generaciones contemporáneas.

En los capítulos quinto —«Triunfo de Stalin»— y séptimo y último —«¿Quién tenía razón?»— se valora a Stalin con unos trazos

claros y esquemáticos y se cierra el estudio con los reflejos del final de la encarnizada contienda y su proyección en los dirigentes soviéticos actuales. Hay unas referencias interesantes al «eurocomunismo» y la conclusión a que llega Maestro, de forma definitiva y desapasionada, es a dar la razón a Stalin. El penúltimo capítulo, el sexto, es una compilación que anula una cantidad notable de juicios valorativos, la mayoría desconocidos para el lector habituado a estos estudios, de Lenin sobre su *entourage* en general y cada uno de los individuos más destacados de aquél en particular. El florilegio es desconcertante. Atractiva resulta la contradicción que pechaba sobre Lenin, que le impulsaba a desconfiar de todos, que le impulsaba a despreciar hasta a sus más íntimos colaboradores: «su doble condición de idealista frenético y realizador práctico», la dificultad de armonizar «al teórico y al pragmático».

Es muy laudable la falta de exageración en todas las descripciones, para las que se aportan bibliografía, datos y apreciaciones muy útiles y, en un porcentaje destacado, desconocidos en España. El libro, modesto y sin pretensiones, resulta provechoso al máximo para el lector interesado, descubre aspectos y hechos poco o, como decimos, nada utilizados de una documentación y unas fuentes tan ricas como ignoradas por aquí. La obra, por tanto, es muy interesante, serena y de una sobriedad digna de encomio. El único reproche es su brevedad.

EMILIO DE MIGUEL.